

***¿Qué etapa atravesamos? La fuerza del partido
comunista y la cultura de un país***
León Trotsky
21 de junio de 1924

(Versión al castellano de Ana Armand desde "[Through What Stage Are We Passing? The Strength of the Communist Party and the Level of Culture in a Country](#)", en [Trotsky Internet Archive – MIA](#). Discurso pronunciado el 21 de junio de 1924 en el Quinto Congreso Sindical de Médicos y Veterinarios.)

Cuando hablé recientemente en Sokólniki, en la reunión jubilar de los trabajadores de la educación, se me planteó una cuestión de gran importancia en relación con los principios, una cuestión estrechamente relacionada tanto con la situación internacional, en el sentido más amplio de la palabra, como con el V Congreso de la Internacional Comunista que se está celebrando en estos momentos. Y en lugar de hacer un centésimo primer o milésimo primer intento de describir exhaustivamente la llamada "situación internacional", voy a dar, aunque sólo sea a grandes rasgos, una respuesta a esa cuestión de principio que se me planteó en Sokólniki y de la que voy a hablaros a continuación. La nota que recibí está en mi bolsillo; aquí está: "Camarada Trotsky, por favor, explíqueme por qué los países capitalistas más avanzados tienen los partidos comunistas más débiles (EEUU, Gran Bretaña) y están más lejos de la revolución social. Este problema me preocupa mucho y le pido que me lo explique". Esta es la pregunta. La respuesta a ella es la clave de la cuestión internacional, entendida en sentido amplio, es decir, tanto desde el punto de vista de las relaciones entre los diversos estados y de las relaciones entre los estados capitalistas y la república soviética, como desde el punto de vista del desarrollo de la revolución en todo el mundo. Al fin y al cabo, se trata de dos aspectos de un mismo problema. Todos sabemos muy bien, por supuesto, que nuestra labor diplomática es jurídicamente independiente de la Comintern, y la Comintern independiente de nuestra diplomacia. Pero al mismo tiempo no es ningún secreto que los éxitos de la Comintern se reflejan directa e indirectamente en los éxitos de la diplomacia soviética, y los éxitos de nuestra diplomacia se reflejan en el curso del movimiento revolucionario mundial. Pero esto no debe entenderse en absoluto en el sentido de que el crecimiento del comunismo, siempre y en todas partes, mejora directa e inmediatamente nuestra posición internacional. No, el ejemplo de Alemania que tenemos ante nosotros demuestra que el crecimiento del peligro comunista en una determinada fase empeora las relaciones entre el estado capitalista en cuestión y nosotros, incluso independientemente de nuestra política estatal. Pero también en este caso está clara la conexión entre el progreso de la revolución y nuestra posición internacional, y esto no es "culpa" nuestra, pues lo que determina esta conexión no es ninguna "propaganda", sino todo el curso del desarrollo histórico. En último análisis, por supuesto, sólo la victoria del comunismo nos consolidará plena y definitivamente.

¿Cómo se explica entonces que los países más avanzados y cultos tengan partidos comunistas débiles, mientras que, por el contrario, nuestro país, que, por desgracia, no puede llamarse el más culto de Europa, tiene un partido comunista muy fuerte, que gobierna el estado? El autor de la nota dice que este problema le preocupa. Y es comprensible. Sabemos que el menchevismo internacional, empezando por nuestros propios mencheviques rusos, basa en esta contradicción su principal "acusación" contra el comunismo internacional y contra la república soviética. Verán, si se toma esta contradicción de una manera simple, por así decirlo lógica, mecánicamente, entonces no se está lejos de la conclusión de que el comunismo es una expresión de atraso y barbarie.

Cuanto más atrasado es un país, se deduce de la primera ojeada al problema, más fuerte es el comunismo en ese país, mientras que países supercivilizados como Gran Bretaña y Norteamérica tienen partidos comunistas muy débiles, en proporción, por así decirlo, a la pequeña cantidad de supervivencias de la barbarie en esos países. Sobre esta idea se construye toda la filosofía del menchevismo internacional. Permítaseme abordar, aunque sólo sea en términos muy generales, esta cuestión, que es de la mayor importancia.

En el congreso de la Internacional Comunista¹ uno de los partidos europeos más débiles es sin duda el Partido Comunista Británico. El partido norteamericano es aún más débil, es cierto, pero por el momento estamos hablando sólo de Europa. El partido más fuerte es el nuestro. Luego viene el partido alemán, y después el francés. ¿Qué explica en realidad el hecho de que, en un país tan poderoso, culto, educado, civilizado, etc., como Gran Bretaña, el partido comunista siga existiendo como una mera sociedad de propaganda, sin poseer todavía el poder de desempeñar un papel activo en la política? Para responder de manera radical a la explicación (a primera vista tan simple y adecuada) de que el comunismo es directamente proporcional al atraso y a la barbarie, explicación que expresa toda la sabiduría del menchevismo, recordaré algunos otros fenómenos e instituciones de la vida de Gran Bretaña. En Gran Bretaña existe (y les ruego que no lo olviden) una monarquía, mientras que aquí, en Francia o en Alemania no existe ninguna. Ahora bien, una monarquía no puede describirse desde ningún punto de vista como una expresión de la cultura más elevada, como uno de los logros más altos de la humanidad; ni siquiera MacDonal lo hace, se calla al respecto, se calla educada y diplomáticamente, y no dice que un signo del alto nivel cultural de Gran Bretaña es que allí, en contraste con la bárbara Rusia, tengan una monarquía. En Gran Bretaña sigue existiendo hasta el día de hoy una aristocracia que disfruta de distinciones de rango. Existe una Cámara de los Lores. En Gran Bretaña, por último, la iglesia, o más bien las iglesias, ejercen una enorme influencia en todas las esferas de la vida. No hay país en Europa donde la influencia de la iglesia en la vida política, social y familiar sea tan grande como en Gran Bretaña. Allí, para que un hombre diga que no pertenece a una iglesia, que no va a la iglesia y, más aún, que no cree en dios, se requiere un valor personal bastante excepcional. Así que allí es difícil, en cada caso concreto, romper la vieja y densa red de hipocresía y prejuicios clericales y las costumbres mundanas que se basan en esta hipocresía y estos prejuicios. Confío en que ninguno de ustedes dirá que la influencia de la iglesia o de las iglesias en la conciencia social es una expresión del progreso humano. Así resulta que, en Gran Bretaña, junto al hecho de que el partido comunista es excepcionalmente débil, se encuentran otros hechos, no indiferentes para nosotros, como la existencia de una monarquía, una aristocracia, una Cámara de los Lores y una tremenda influencia de la religión en la política, en la vida social y en los asuntos cotidianos. Y si se aborda Gran Bretaña unilateralmente desde este aspecto, es decir, desde el aspecto de la monarquía, la Cámara de los Lores, la aristocracia, los terratenientes y la influencia de la iglesia, entonces se diría sin duda que el país más bárbaro y atrasado de Europa es Gran Bretaña. Eso sería tan cierto como la afirmación de los mencheviques de que el comunismo es un producto del atraso; es decir, sería tan falso, tan unilateral como falso. ¿Se puede estar realmente de acuerdo en que Gran Bretaña es el país más atrasado de Europa? No, esta idea no puede encajar en absoluto en el marco de nuestra imagen general de Gran Bretaña. En Gran Bretaña la técnica está a un nivel muy alto, y la técnica es decisiva en la vida humana. Norteamérica, es cierto, ha superado a Gran Bretaña en el campo de la técnica: la hija de la cultura británica ha adelantado a su madre en la línea de la técnica. Antes de la guerra, Alemania rivalizaba cada vez más agudamente con Gran Bretaña, amenazando con superarla y, en ciertas ramas de la industria, superándola de hecho. Pero hoy, tras la

¹ En estas mismas EIS, nuestra serie: [Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales.](#)

derrota de Alemania, Gran Bretaña lidera económicamente Europa. La ciencia, la literatura y el arte británicos han desempeñado y desempeñan un papel de primer orden en el desarrollo del pensamiento y la creatividad humanos. ¿Cómo salir de esta contradicción? Porque enfrentamos una contradicción: por un lado, la alta técnica, la ciencia, etc.; por otro, la monarquía, la aristocracia, la Cámara de los Lores, el poder de los prejuicios religiosos sobre la mente de las personas. ¿Qué conclusión se puede sacar?

Esta conclusión: que no existe un criterio único con el que se pueda medir el desarrollo de un país en todos los ámbitos, y sobre la base de esa medición hacer una evaluación uniforme que abarque todos los aspectos de la vida social. El desarrollo es contradictorio. Un país logra grandes éxitos en determinados ámbitos, pero a menudo esos mismos éxitos frenan su propio desarrollo en otros ámbitos. Permítanme hablar concretamente de este asunto. Gran Bretaña fue el primer país que emprendió el camino del desarrollo capitalista y ganó, gracias a ello, la hegemonía del mercado mundial en el siglo XIX. La burguesía británica se convirtió, también gracias a este hecho, en la más rica, fuerte e ilustrada de las burguesías. Como sabemos, estas condiciones le permitieron crear una posición privilegiada para los estratos superiores de la clase obrera británica y atenuar así los antagonismos de clase. La clase obrera británica toma conciencia de sí misma, como clase independiente y hostil a la burguesía, mucho más lentamente que la clase obrera de otros países con burguesías menos poderosas. Así resulta que el crecimiento de la burguesía británica, la burguesía más avanzada de Europa, habiendo tenido lugar bajo condiciones excepcionalmente favorables, ha frenado durante mucho tiempo el desarrollo del proletariado británico. El crecimiento lento y “orgánico” de la técnica en Inglaterra, y el hecho de que la Reforma y la revolución burguesa se produjeran cercanas en el tiempo, frenaron la labor del pensamiento crítico en relación con la iglesia. La burguesía británica se desarrolló al amparo de las antiguas instituciones, por un lado, adaptándose a ellas y, por otro lado, sometiéndolas a sí misma, gradualmente, orgánicamente, “de forma evolutiva”. Las convulsiones revolucionarias del siglo XVII fueron profundamente olvidadas. En esto consiste lo que se denomina la tradición británica. Su característica básica es el conservadurismo. Más que de ninguna otra cosa, la burguesía británica se enorgullece de no haber destruido los viejos edificios y las viejas creencias, sino de haber adaptado gradualmente el viejo castillo real y noble a las exigencias de la empresa comercial. En este castillo, en sus rincones, estaban sus iconos, sus símbolos, sus fetiches, y la burguesía no los eliminó. Se sirvió de ellos para consagrar su propio dominio. Y cerró sobre su proletariado el pesado párpado de la cultura...

El proletariado británico y nuestro proletariado

La clase obrera británica se ha desarrollado de manera muy diferente a la nuestra. Nuestro joven proletariado se formó en un período de unos 50 años, principalmente a partir de campesinos y artesanos que habían vivido en el campo, junto con sus padres y abuelos, en un entorno antiguo, en el atraso económico, en medio de la ignorancia y los prejuicios religiosos. El capital agarró sin piedad al muchacho o joven campesino por el pescuezo y lo arrojó de inmediato a la caldera de la vida fabril. El cambio de sus condiciones fue catastrófico. Cuando el joven campesino sintió el chorro de vapor de la fábrica, empezó a pensar inmediatamente en quién era y dónde estaba. En ese momento el partido revolucionario le alcanzó y empezó a explicarle qué era y dónde estaba. Se impuso sobre él tanto más fácilmente cuanto que no tenía ideas conservadoras: las viejas nociones pueblerinas no le convenían en absoluto; necesitaba un cambio completo y radical de toda su concepción del mundo.

Con el obrero británico las cosas fueron muy distintas. Su padre y su abuelo eran trabajadores, y sus bisabuelos y antepasados más remotos eran pequeños artesanos. El trabajador británico tiene un árbol genealógico, sabe quiénes fueron sus antepasados,

tiene una tradición familiar. Esto también es una especie de “cultura”, pero se expresa en el hecho de que en su conciencia arrastra muchos de los prejuicios de sus antepasados. Para él, para el obrero británico, no hubo esta transición repentina, brusca y catastrófica del pequeño mundo cerrado de la aldea a la industria moderna; se ha desarrollado orgánicamente desde sus remotos antepasados a las condiciones gradualmente cambiantes de la vida fabril y la cultura urbana. En su mente perviven aún hoy viejas ideas y prejuicios artesanales medievales, sólo que modificados en su forma y adaptados a las condiciones del capitalismo. La vida de los artesanos y sus fiestas (celebración del nacimiento de un hijo, su entrada como aprendiz, su graduación a la posición independiente de maestro artesano, etc.) estaban impregnadas de religiosidad, y esta religiosidad pasó al sindicalismo, que tiene una pesada cola conservadora que se remonta a la Edad Media.

La técnica británica es una técnica fundamentalmente capitalista. No fue traída de fuera, destruyendo las formas económicas nacionales, sino que se ha desarrollado sobre la base de estas formas nacionales. La conciencia de la clase obrera refleja este crecimiento “orgánico” de la técnica, aunque muy por detrás de ella. No hay que olvidar que la conciencia humana, a escala de la sociedad, es terriblemente conservadora y lenta. Sólo los idealistas imaginan que el mundo avanza gracias a la libre iniciativa del pensamiento humano. En realidad, el pensamiento de la sociedad o de una clase no da un solo paso adelante, salvo en caso de extrema necesidad. En la medida de lo posible, las viejas ideas conocidas se adaptan a los nuevos hechos. Hablamos con franqueza si decimos que las clases y los pueblos no han mostrado hasta ahora una iniciativa decisiva salvo cuando la historia les ha azotado con su lacerante fusta. Si las cosas hubieran sido diferentes, ¿habrían permitido los pueblos que se produjera la guerra imperialista? Al fin y al cabo, la guerra se acercaba a los ojos de todos, como dos trenes que se precipitan el uno hacia el otro por una misma vía. Pero los pueblos guardaron silencio, observaron, esperaron y siguieron viviendo su vida familiar, cotidiana y conservadora. Los temibles trastornos de la guerra imperialista fueron necesarios para introducir ciertos cambios en la conciencia y en la vida social. Los trabajadores rusos derrocaron a Romanov, expulsaron a la burguesía y tomaron el poder. En Alemania se deshicieron de los Hohenzollern, pero se quedaron a medio camino. Para que se produjeran estos cambios fue necesaria la guerra, la guerra con sus decenas de millones de muertos, heridos y mutilados. Qué prueba tan clara de lo conservador y lento de movimientos que es el pensamiento humano, de lo obstinadamente que se aferra al pasado, a todo lo conocido, lo familiar, lo ancestral, hasta el próximo golpe del azote.

Tales golpes se han propinado también en Gran Bretaña, por supuesto. Así, tras la rápida industrialización se desarrolló en el segundo tercio del siglo pasado el tormentoso movimiento de la clase obrera que se conoce como cartismo. Pero la sociedad burguesa se mantuvo suficientemente firme y el movimiento cartista quedó en nada. La fuerza de la burguesía británica radicaba en su madurez, su riqueza, su poder mundial, migajas de las cuales compartía con las capas superiores de la clase obrera, desmoralizando así también a las masas debilitadas.

Reflexionemos sobre este proceso en la medida necesaria para comprender la profunda diferencia con nuestro desarrollo, que fue extremadamente retardado y, por tanto, extremadamente contradictorio. Tomemos como ejemplo nuestro sur metalúrgico y carbonífero: extensiones ilimitadas de estepa, escasamente pobladas, asentamientos esteparios con barro profundo a su alrededor en primavera y otoño, y de repente surgen en estas estepas enormes empresas metalúrgicas. Por supuesto que no surgieron de nuestra propia economía, sino que irrumpieron en ella gracias al capital extranjero. De las aldeas atrasadas y dispersas, el capital europeo (y a veces estadounidense) reunió nuevos cuadros de trabajadores, arrancándolos de las condiciones que Marx llamó una vez “la

idiotez de la vida rural”. Y allí estaban esos proletarios recién llegados de la cuenca del Donetz, de Krivói Rog, etc., que no traían consigo a los pozos y a las fábricas ninguna tradición hereditaria, ningún conservadurismo artesanal, ninguna creencia fija y firme. Por el contrario, bajo estas condiciones nuevas, desconocidas y severas cuando, fue cuando, por primera vez, sintieron la necesidad de creencias firmes que les dieran apoyo moral. En su ayuda llegó la socialdemocracia, que les enseñó a romper con todos sus viejos prejuicios y dotó así de una conciencia revolucionaria a esta clase que había nacido de forma revolucionaria. Esta es, a grandes rasgos, la respuesta a la pregunta que me han formulado y que yo, a mi vez, les he planteado.

Es posible plantear la cuestión así: cuanto más rica, más fuerte, más poderosa, más inteligente, más firme ha demostrado ser una burguesía, tanto más ha logrado frenar el desarrollo ideológico y, por consiguiente, revolucionario del proletariado. He aquí otra expresión de la misma idea. La burguesía británica se ha acostumbrado al servilismo de los llamados dirigentes obreros a los que ha educado. Permítanme que me interrumpa para introducir una cita muy interesante del periódico británico *Sunday Times*. El periódico se queja porque hoy en Gran Bretaña, bajo el gobierno de MacDonald, se están produciendo huelgas tormentosas, y dice:

“Tenemos en Gran Bretaña el mejor cuerpo de dirigentes laboristas del mundo, hombres de experiencia y patriotismo, con un verdadero sentido de la responsabilidad y amplios conocimientos de economía. Pero están siendo rápidamente apartados por los revolucionarios declarados, cuya influencia aumenta cada vez que el gobierno capitula ante ellos.” Eso es lo que dice, palabra por palabra. En cuanto a la afirmación de que están siendo “apartados por los revolucionarios declarados” es, por desgracia, una exageración. Por supuesto, los revolucionarios son cada vez más numerosos también en Gran Bretaña, pero desgraciadamente todavía están lejos de “apartar” suficientemente a esos líderes que el *Sunday Times* llama políticos sabios, llenos hasta el borde de sabiduría y patriotismo.

¿Cómo se ha llegado a esta situación? En nuestro país nunca ha habido dirigentes que se hayan ganado tantos elogios de la burguesía, incluso si tenemos en cuenta que en cierto período los socialistas revolucionarios y los mencheviques desempeñaron un papel considerable, porque nuestra burguesía (exceptuando los momentos más agudos y decisivos, cuando las cosas estaban en su punto más crítico) estaba descontenta incluso con los socialistas revolucionarios y los mencheviques. ¿Cuál es la causa de esta satisfacción de la burguesía británica con los dirigentes obreros? Se debe al hecho de que la propia burguesía británica ha formado a estos dirigentes. ¿Cómo tuvieron la oportunidad de formar dirigentes “obrerros”? Se debió a la circunstancia de que eran poderosos y cultos, al ser la clase dominante de un país capitalista avanzado. Tan pronto como la clase obrera sacaba jóvenes dirigentes de sus filas, todo tipo de “especialistas” políticos al servicio de la burguesía británica se instalaban enseguida en ellos, se los ganaban, ejercían sobre ellos todo lo que podía imaginar una poderosa cultura burguesa. Entre nosotros, el pequeñoburgués medio, el filisteo, el miembro de la intelligentsia de opiniones liberales e incluso radicales, ha considerado desde tiempos inmemoriales que, puesto que Gran Bretaña es un país altamente civilizado, todo lo que existe en Gran Bretaña o que procede de Gran Bretaña es, por tanto, superior, bueno, progresista, etc. En esto vemos expresada la incapacidad pequeñoburguesa de pensar dialécticamente, de analizar los fenómenos, de captar un problema en su concreción histórica. Hay algo que es realmente bueno, la técnica británica, y que intentamos transferir a nuestro país a cambio de grano, madera y otras mercancías valiosas. La monarquía británica, el conservadurismo hipócrita británico, la religiosidad, el servilismo, la santurronería, todo eso son trapos viejos, basura, desechos de siglos, que no necesitamos en absoluto (*aplausos*).

Si la cultura británica ha afectado de este modo a nuestro filisteo medio desde lejos, por correspondencia por así decirlo, evocando en él un ciego enamoramiento, cuánto más fuerte, directa y concretamente afecta al pequeñoburgués británico y al representante semi pequeñoburgués de la clase obrera británica. Lo que la burguesía británica ha sido capaz de lograr es una especie de fascinación hipnótica por su cultura, su importancia histórico-mundial. Mediante esta hipnosis hábilmente organizada ha influido en los dirigentes obreros, a los que ha sabido mantener siempre rodeados de sus reporteros, fotógrafos, deportistas, clérigos, conferenciantes, etc., todos ellos astutamente atraídos por cada recién llegado entre los dirigentes obreros. El recién llegado se encuentra así en un medio burgués. Le alaban hasta el cielo si muerde el anzuelo, y le dan un buen rapapolvo si da el menor paso en contra de la burguesía. Y esto no ocurre una sola vez, sino día tras día, semana tras semana, y año tras año. Y el joven líder que sale a la sociedad empieza a avergonzarse porque su traje de los domingos no está lo suficientemente bien cortado; sueña con un sombrero de copa que ponerse cuando sale los domingos, para no diferenciarse de un verdadero caballero. Pueden parecer nimiedades, pero, al fin y al cabo, conforman la vida de un hombre. Y en esta hipnosis de una forma de vida radica el arte de una clase dominante, una clase poderosa, culta, hipócrita, vil y avariciosa, un arte que consiste en ejercer una influencia cotidiana mediante la cual trabajar y someter a sí misma a todo aquel que se presente de entre la clase trabajadora, a todo aquel que eleve su cabeza por encima de los demás en cada fábrica, en cada barrio y distrito, en cada ciudad y en todo el país.

Probablemente muchos de ustedes han visto el *Times*. Sale todos los días en docenas de páginas de espléndida letra pequeña, con una gran variedad de ilustraciones y un sinfín de secciones, de modo que todo tiene cabida en el periódico, desde cuestiones de alta política hasta todo tipo de deportes, pasando por los asuntos de las iglesias y del mundo de la moda. ¿Y desde qué punto de vista se presenta todo? Naturalmente, desde el punto de vista de los intereses de la burguesía.

Otros periódicos burgueses británicos no son tan sólidos como el *Times*, pero están contruidos sobre el mismo modelo, para captar la atención del lector desde todas las direcciones y llevarlo a hacer una genuflexión ante la tradición nacional británica, es decir, ante la burguesía. Y la prensa obrera es muy débil; además, a excepción de las publicaciones comunistas, está impregnada hasta la médula de la misma hipnosis de la cultura burguesa. Esta hipnosis se complementa con el terrorismo directo. Pertener a una iglesia es en Gran Bretaña lo mismo que cubrir tu desnudez con ropa, o pagar lo que debes en una tienda. ¿Se puede ir desnudo por la calle? ¿Se puede no pertenecer a una iglesia? Declarar que uno no pertenece a una iglesia, y más aún, que uno no cree en dios, requiere en Gran Bretaña el mismo tipo de coraje extraordinario que ir desnudo en público. El llamado gobierno laborista encabezado por MacDonald es también producto de la educación de los líderes obreros en este sentido. Esta es la razón, en último análisis, por la que el menchevismo británico es tan fuerte y el comunismo tan débil.

No existe un criterio abstracto para medir la civilización

Ahora repitamos nuestra pregunta: ¿es la debilidad del comunismo en Gran Bretaña un síntoma del alto nivel de civilización del país, o es un síntoma de atraso? Tras nuestro análisis, no tenemos motivos para caer en la trampa de una presentación tan mecánica de la cuestión. Decimos: es al mismo tiempo síntoma de un desarrollo muy precoz y de un gran atraso, porque la historia no funciona mecánicamente, sino dialécticamente: combina durante largos períodos tendencias avanzadas en una esfera con atrasos monstruosos en otra. Si comparamos, desde el punto de vista del desarrollo histórico mundial, el gobierno "laborista" de MacDonald y el gobierno nacionalista burgués de Turquía (del que hablé en mi discurso de Tiflis), la conclusión que sacamos

no es favorable a MacDonald. Recordaréis que el “gran” líder liberal Gladstone (en realidad era un liberal filisteo, y Marx le tenía un odio muy concentrado), el “gran” Gladstone pronunció una vez un tremendo discurso contra el sultán manchado de sangre, representante del islam fanático y bárbaro, etcétera. Si cogen ustedes al filisteo medio y le dicen: Gran Bretaña y Turquía... bueno, por supuesto, Gran Bretaña significa civilización y progreso, Turquía significa atraso y barbarie. Pero vean lo que está sucediendo. Ahora hay en Gran Bretaña un gobierno de mencheviques y en Turquía un gobierno nacionalista burgués. Y este gobierno nacionalista burgués de Turquía ha considerado necesario abolir el califato. El califato es la institución central del panislamismo, es decir, una de las tendencias más reaccionarias del mundo entero. Pero el gobierno menchevique de Gran Bretaña ha restablecido el califato en el Hiyaz, para mantener el dominio de la burguesía sobre sus esclavos musulmanes. La conclusión de la historia es que el gobierno menchevique de Gran Bretaña, a pesar de la civilización británica, etc., desempeña en esta coyuntura de fuerzas un papel reaccionario, mientras que el gobierno nacionalista burgués de la atrasada Turquía, como país nacionalmente oprimido, desempeña un papel progresista. ¡Tal es la dialéctica de la historia! Por supuesto, desde el punto de vista del desarrollo de la técnica, la ciencia y el arte, Gran Bretaña es inconmensurablemente superior a Turquía. La riqueza acumulada por Gran Bretaña no tiene comparación con lo que Turquía posee al respecto. Pero vemos que resulta que, precisamente para proteger esta riqueza y toda su “civilización” nacional en general, la burguesía británica se ha visto obligada a seguir una política ultraconservadora, de modo que un gobierno laborista se convierte en sus manos en un instrumento para restablecer el califato. No existe un criterio abstracto aplicable a todas las esferas de la vida. Es necesario tomar los hechos vivos en su interacción viva e histórica. Si dominamos este enfoque dialéctico de la cuestión, ésta se nos hace mucho más clara. Alemania, por ejemplo, está situada no por casualidad, en lo que se refiere a esta cuestión de la relación entre las fuerzas del partido comunista y de la socialdemocracia, entre Rusia y Gran Bretaña. Esto debe entenderse por el curso del desarrollo del capitalismo en Alemania. Es necesario, por supuesto, investigar concretamente la historia de cada país por separado, para descubrir más exactamente las causas del crecimiento retardado o acelerado del partido comunista. De manera general, sin embargo, podemos sacar la siguiente conclusión: la conquista del poder por el proletariado en los países que han entrado muy tarde en la vía del capitalismo, como nuestro país, es más fácil que en los países con una amplia historia burguesa anterior y un nivel cultural más elevado. Pero esto es sólo una cara de la cuestión. Una segunda conclusión, no menos importante, declara: la construcción socialista después de la conquista del poder será más fácil en países con una civilización capitalista superior que en países económicamente atrasados, como el nuestro. Esto significa que para la clase obrera británica abrirse paso hacia el poder proletario real, hacia la dictadura, será incomparablemente más difícil de lo que fue para nosotros. Pero una vez en el poder, avanzará hacia el socialismo mucho más rápida y fácilmente que nosotros. Y es incluso incierto, la historia ha hablado con doble lenguaje sobre esta cuestión, quién construirá antes el socialismo, nosotros o los británicos. Si la clase obrera británica toma el poder en los próximos diez años (hablo aproximadamente, y doy esta cifra no para profetizar sino simplemente como un ejemplo aritmético), entonces dentro de otros diez años tendrá una economía socialista real, muy desarrollada, mientras que nosotros, dentro de 20 años, probablemente todavía tendremos, no sólo en algún lugar de Yakutia sino también más cerca de aquí, muchas supervivencias del atraso campesino.

Serán necesarias décadas para transformar nuestro norte y nuestro sur en una economía socialista centralizada, basada en un alto nivel técnico, con nuestras grandes extensiones de territorio todavía escasamente pobladas. Y creo que, dentro de 20 o 25

años, el obrero británico, dirigiéndose a nosotros, dirá: “no te enfades, pero te llevo ventaja”. Naturalmente, no nos enfadaremos, es decir, los que sobrevivamos hasta entonces. Adelántense, camaradas obreros británicos, hágannos el favor de adelantarse, por favor, se lo rogamos, llevamos mucho tiempo esperando esto (*risas*). Así es la dialéctica de la historia. La política ha frenado al obrero británico, le ha hecho cojear durante mucho tiempo, por así decirlo, y avanza con esos pasitos tímidos, lastimeros, macdonaldianos. Pero cuando se libere de sus trabas políticas, el caballo de carreras británico superará a nuestro jamelgo campesino.

Para generalizar teóricamente lo que he dicho, en la terminología marxista que nos es familiar, debería decir que la cuestión en sí se reduce a la interrelación entre la base y la superestructura y a la interrelación de bases y superestructuras de diferentes países entre sí. Sabemos que las superestructuras (estado, derecho, política, partidos, etc.) surgen sobre una base económica, se nutren de esta base y están determinadas por ella. En consecuencia, base y superestructura tienen que corresponderse. Y esto ocurre de hecho, sólo que no de forma simple, sino de una manera muy complicada. El poderoso desarrollo de una superestructura (el estado burgués, los partidos burgueses, la cultura burguesa) frena a veces durante mucho tiempo el desarrollo de otras superestructuras (el partido proletario revolucionario), pero en última instancia (en última instancia, no inmediatamente) la base se revela sin embargo como la fuerza decisiva. Lo hemos demostrado con el ejemplo de Gran Bretaña. Si abordamos el problema de manera formal, puede parecer que la debilidad del partido comunista británico contradice la ley marxista de la relación entre base y superestructura. Pero ciertamente no es así. Dialécticamente, la base, como hemos visto, asegurará, a pesar de todo, su victoria. En otras palabras: un alto nivel técnico, incluso a través de la barrera de la política ultraconservadora, manifestará, no obstante, su preponderancia y conducirá al socialismo antes que en los países con un bajo nivel técnico.

Esta es, camaradas, la respuesta fundamental que yo doy a la pregunta que se me planteó en Sokólniki.

Fascismo y reformismo

De las ideas generales sobre las causas históricas de la fuerza y debilidad de los partidos comunistas pasemos ahora a la situación política mundial en el sentido más directo de la palabra, tal como ha tomado forma en el momento del V Congreso de la Comintern. En los últimos años, nuestra prensa ha dicho a menudo que hemos entrado en la época del fascismo. Algunos se han formado la opinión de que el fascismo es lo que conducirá directamente a la revolución, al levantamiento de los trabajadores en Europa. Últimamente, sin embargo, el concepto mismo de fascismo se ha vuelto extraordinariamente confuso. A veces se dice que el fascismo se está desarrollando o que el fascismo está avanzando. Si se detiene a algunos huelguistas en algún lugar, este hecho se interpreta muy a menudo como el establecimiento de un régimen fascista, aunque la burguesía detenía a los huelguistas antes de que existiera el fascismo. Tenemos que reflexionar sobre esto, camaradas: ¿qué es el fascismo? ¿En qué se diferencia de un régimen “normal” de violencia burguesa? Las expectativas de que el fascismo, intensificándose cada vez más, conduciría al levantamiento del proletariado, no han sido justificadas por la experiencia, y de ninguna manera todos compartíamos estas expectativas. Podemos referirnos al hecho de que ya en 1922 dijimos que, si la revolución alemana no llevaba directamente al proletariado a la victoria, entonces tendríamos en los años inmediatamente siguientes un gobierno laborista en Gran Bretaña y un triunfo del Bloque de Izquierda en Francia. En 1923, en el IV Congreso de la Comintern, repetimos

esto. En la resolución política del congreso se incluyó una enmienda en este sentido². Algunos camaradas de Austria, Holanda y otros países discutieron acaloradamente esta idea en aquellos momentos. Cómo podía ser: un gobierno laborista en Gran Bretaña, una victoria del Bloque de Izquierda en Francia, porque eso significaría una nueva época de reformismo, significaría que la perspectiva de la revolución se desvanecía en la nublada distancia, etcétera. Algunos llegaron incluso a acusarme de propaganda, de ilusiones reformistas. Estos camaradas imaginaban que, si se prevé algo, en el sentido de un desarrollo objetivo, entonces con ello se asume la responsabilidad del hecho de que debe suceder; por lo tanto, sería mucho mejor y más seguro no prever nada y discutir todos los problemas sólo después de los acontecimientos (*aplausos*). Hay que decir, sin embargo, que cuando en aquellos debates insistimos en la probabilidad de que hubiera un gobierno laborista en Gran Bretaña y una victoria del Bloque de Izquierda en Francia, sólo teníamos en mente la tendencia del desarrollo. Esto no significaba que estuviéramos convencidos al cien por cien de que las cosas ocurrirían exactamente así: la tendencia del desarrollo es una cosa, y su refracción viva en la realidad es otra. Los factores de la historia son muchos, se entrecruzan y entretajan, unos actúan en una dirección, otros en otra. Pero la historia se ha comportado de tal manera que el pronóstico se ha cumplido plenamente en esta ocasión: en Gran Bretaña tenemos un gobierno laborista y en Francia una victoria del Bloque de Izquierda. Y eso no es todo. Dijimos que, si en Gran Bretaña llegaba un gobierno laborista y en Francia el Bloque de Izquierda, siempre que la revolución alemana no hubiera resultado victoriosa para entonces, en esas circunstancias tendríamos inevitablemente un fortalecimiento temporal de la socialdemocracia en Alemania. Este partido comprometido, dividido durante el año pasado en secciones hostiles, y extremadamente debilitado, está siendo revivido una vez más como resultado del giro “democrático” en Francia y Gran Bretaña, y se dirige al pueblo alemán con la propuesta: ahora es posible llegar a un acuerdo con Gran Bretaña, ya que nuestros compañeros MacDonald y Co. están en el poder allí, y también con Francia, donde los gobernantes ahora son los Radicales-Socialistas, que son prácticamente primos hermanos nuestros, así que los socialistas alemanes ofrecemos al pueblo alemán nuestros servicios como mediadores para asegurar un acuerdo con las democracias occidentales. En otras palabras, las cosas funcionarían de tal manera que, si la revolución no triunfara en Alemania en un futuro inmediato, entonces prevalecería un régimen de conciliación temporal en la política europea; “conciliación”, por supuesto, al estilo de la posguerra, enseñando los dientes y el cuchillo en la mano.

¿Se ha confirmado esta previsión? Por supuesto. ¿En qué consiste el “Plan de los Expertos” para solucionar el problema de las reparaciones? Es un intento de llevar a cabo un acuerdo económico internacional a gran escala bajo la hegemonía financiera de Estados Unidos y Gran Bretaña. La ocupación del Ruhr continuará “mientras tanto”, pero será encubierta y mitigada por un acuerdo. El gobierno MacDonald es un gobierno de acuerdos políticos, de conciliación de clases. El gobierno del Bloque de Izquierda en Francia, es un gobierno pequeñoburgués de conciliación de clases, con trazas de menchevismo. Lo mismo ocurre en otros países. Esta es la situación en Europa. ¿Y qué ha sido del fascismo? No hay nada más fácil en política que dominar un eslogan, una frase, y repetirla una y otra vez. Ya he dicho que la conciencia es un factor muy conservador y que se necesita un gran látigo para hacerlo avanzar. ¿Qué es el fascismo? ¿Puede existir un régimen fascista durante un período indefinidamente prolongado? El fascismo es la organización de lucha de la burguesía durante y en caso de guerra civil. Eso es el fascismo. Desempeña para la burguesía el mismo papel que la organización del levantamiento armado para el proletariado. La clase obrera se prepara para el

² Alemania y congreso de la internacional: ver en esta misma serie y en nuestros [Cuatro primeros Congresos de la Internacional Comunista. Tesis, manifiestos, resoluciones.](#)

levantamiento armado, reorganiza su organización en consecuencia, crea grupos de choque, arma a sus combatientes con dinamita y así sucesivamente. ¿Puede mantenerse esta situación para siempre? Obviamente no: o la clase obrera vence, y entonces forma un ejército regular, o su asalto es rechazado, y entonces la organización del levantamiento armado llega a su fin al menos en un futuro inmediato. Comienza de nuevo un período de agitación política, de reunión de fuerzas, etc., y sólo más tarde, tras el paso de varios años (¡después de 1905!) y a veces incluso décadas (¡después de la Comuna de París!) se prepara un nuevo levantamiento armado del proletariado. Ya hemos dicho que el fascismo es un ejército de choque directo de la burguesía cuando ésta ya no encuentra adecuada la vieja máquina estatal, atascada de legalidad y democracia, cuando necesita una fuerza para rechazar la presión del proletariado, y entonces crea una escuadra de combate, dispuesta a todo, pisotea su propia legalidad y su propia democracia, para mantener su poder. ¿Puede el fascismo durar mucho tiempo? No. Si la burguesía se mantiene en el poder, como ocurrió en Italia en 1920, como ocurrió en Alemania el año pasado, entonces, habiendo aprovechado el sangriento trabajo del fascismo, se esfuerza en ampliar su base, para apoyarse en la burguesía media y pequeña, y restablece de nuevo la legalidad. La burguesía no puede existir durante mucho tiempo en condiciones de fascismo, como el proletariado no puede existir durante años en estado de sublevación armada. Vemos que en Italia Mussolini ha estado haciendo en los últimos meses convulsos esfuerzos para adaptar el poder fascista, es decir, su aparato de lucha ilegal, a la mecánica legal del parlamentarismo. Ha tenido cierto éxito, pero la oposición crece más rápidamente que sus éxitos. Hasta ahora no ha conseguido disciplinar a sus enérgicos muchachos, y hemos tenido un incidente como el asesinato del socialdemócrata Matteotti. Incluso la mayoría de las clases burguesas de Italia están contra él. Un levantamiento proletario no les amenaza directamente, por lo que el destrozamiento de la legalidad mediante el asesinato de diputados no sólo es innecesario para la burguesía, sino incluso peligroso para ella. ¡Es un lujo superfluo!

Las posibilidades del reformismo

Si adoptamos este enfoque concreto e histórico del fascismo, entonces se comprenderá por qué en Alemania la burguesía, que para su propia enorme sorpresa no ha sido derrocada, está tratando de conducir a la reacción victoriosa lo más rápidamente posible al cauce del parlamentarismo; por qué en Gran Bretaña a los conservadores no les han sucedido los “fascistas”, sino el gobierno laborista de MacDonald; por qué en Francia el Bloque de Izquierda ha llegado al poder; por qué en Italia el fascismo está atravesando una aguda crisis, aunque sus dirigentes se esfuerzan en adaptarlo al parlamentarismo. Comprendemos también por qué fue posible prever y pronosticar hace dos años que esto ocurriría. Esto pudo hacerse porque la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado no se desarrolla a lo largo de una línea recta, sino a través de sucesivos choques agudos, con períodos más o menos prolongados de lucha “pacífica” legalizada separando aquellos choques agudos. Si no fuera así, la sociedad capitalista no podría existir. Tales choques agudos de guerra civil ocurrieron en Italia en septiembre de 1920, en Alemania en 1918-19, en marzo de 1921 y el año pasado. Alemania se convirtió en el primero de los países donde se esperaba la revolución, y dijimos: o bien un nuevo choque con la burguesía concluirá con la victoria del proletariado, y entonces el fascismo llegará muy rápidamente, o bien concluirá con la derrota, y entonces la revolución se aplazará durante un tiempo considerable, la burguesía necesitará buscar una base más amplia y tendrá que confiar a los mencheviques la tarea de lamer las heridas que le causó el fascismo en la guerra civil. Hoy los mencheviques llevan a cabo esta tarea en toda Europa. Tras el período de la guerra imperialista, de colosales convulsiones, huelgas sin precedentes, choques revolucionarios, levantamientos, cuando todo esto resulta insuficiente para la

victoria y el proletariado se retira temporalmente de las posiciones avanzadas, y esto es lo que ha sucedido, entonces la burguesía busca la estabilidad tanto económica como política y con este objetivo comienza a apoyarse en las clases intermedias, en la pequeña y media burguesía. No llama al fascista sino al menchevique y le dice: “Limpia las manchas de sangre, aplica el bálsamo del consuelo a las heridas, alivia, engaña, extiende el velo coloreado de la democracia sobre todo”. Esta sustitución del fascista por el menchevique no es, pues, accidental, sino que responde a las leyes del desarrollo histórico y, por lo tanto, podía preverse mucho antes de que ocurriera. El marxismo nos fue dado para que podamos encontrar nuestro camino en el curso del desarrollo histórico, y hasta cierto punto prever lo que nos espera: sin tal comprensión y previsión no se puede luchar y vencer.

Así, el capítulo neorreformista y neopacifista de la historia europea, y en cierta medida también de la mundial, se ajusta plenamente a las leyes del desarrollo histórico. Pero, ¿significa esto que será muy prolongado? Y, lo que es aún más importante, ¿significa que la burguesía está ahora en el camino de la restauración final de la estabilidad del régimen capitalista? No, no hay ningún motivo para afirmarlo. *Los procesos de la superestructura política*, a pesar de su conformidad con las leyes históricas, *son mucho más móviles y superficiales que los procesos de la base económica*. Y hasta ahora es absolutamente imposible observar ningún fenómeno que proporcione pruebas para creer que la economía capitalista de Europa y del mundo está cerca de encontrar un nuevo equilibrio móvil.

La gran guerra imperialista fue causada por el hecho de que las fuerzas productivas del capitalismo habían superado los límites de la estatalidad nacional. Hubo que recurrir a los métodos del militarismo para ampliar el mercado de cada uno de los grupos beligerantes a expensas del otro. Pero la guerra no resolvió el problema. Las fuerzas productivas están ahora todavía más estrechas que antes de la guerra, en las fronteras estatales establecidas por la paz de Versalles y la nueva relación de fuerzas mundiales. De ello resulta una crisis profunda, prolongada y crónica del capitalismo. En el III Congreso de la Comintern discutimos sobre la cuestión de si en la Europa de posguerra se producirían fluctuaciones coyunturales del mercado (auge, depresión, crisis, etc.). Dijimos que tales fluctuaciones eran inevitables, mientras continuara la base capitalista de la sociedad. Muchos de vosotros recordáis las acaloradas discusiones que hubo sobre esta cuestión tanto en la Internacional [Comunista] como en nuestro propio partido. Para algunos, esta cuestión parecía entonces semiacadémica. Hoy ya no cabe ninguna duda sobre el significado y la importancia de los debates que tuvieron lugar en el III Congreso sobre la cuestión del significado y las perspectivas de la crisis del capitalismo europeo. Estas discusiones no tenían un interés meramente académico, sino profundamente práctico, revolucionario y político. La cuestión en disputa se reducía a esto: ¿podemos y debemos esperar que la crisis siga una línea descendente ininterrumpida, o debemos suponer que habrá paz, en condiciones de ruptura del capitalismo, para pequeñas fluctuaciones cíclicas?³

La gran importancia de estas fluctuaciones parciales para el movimiento proletario en el período postrevolucionario está ya fuera de toda duda. Y en el período inmediatamente venidero la importancia de estas fluctuaciones parciales de la coyuntura para el movimiento revolucionario no será ciertamente menor.

Al mismo tiempo, sin embargo, gracias a la correcta posición teórica establecida en el III Congreso, las mejoras temporales de la coyuntura no nos obligan en absoluto a

³ Ver en esta misma serie, por ejemplo: “[Tesis sobre la situación mundial y las tareas de la Internacional Comunista \(3er Congreso III Internacional\)](#)”, “[Informe sobre la crisis económica mundial y las nuevas tareas de la Internacional Comunista](#)” y “[La situación económica mundial. Discurso en el Tercer Congreso de la Internacional Comunista el 23 de junio de 1921](#)”.

reconocer que la crisis del capitalismo europeo ha llegado a su fin. Así, el hecho indudable de un gran auge comercial e industrial el año pasado en Norteamérica, una cierta reducción del paro en Gran Bretaña, un cierto crecimiento de la industria francesa, una cierta estabilización de las monedas alemana, austriaca y polaca, y otros hechos, habrían estado destinados a llevarnos, si hubiéramos tenido una orientación teórica incorrecta, a conclusiones falsas en el espíritu del reformismo. Así, la lucha contra una concepción mecánica de la crisis no se basaba en ningún afán de hacer algún tipo de concesiones al reformismo, sino que, por el contrario, se basaba en una amplia perspectiva revolucionaria, y nos garantizaba teóricamente contra una falsa estimación de los factores económicos de carácter secundario. No tenemos ninguna intención de unirnos a Hilferding y compañía en su respuesta a la pregunta de si se ha restablecido el equilibrio básico del capitalismo, como resultado de lo cual la sociedad burguesa ha vuelto a la normalidad; para tal punto de vista, como habíamos dicho, no existen fundamentos, y la mera idea es fruto de deseos piadosos. Las fluctuaciones coyunturales, comerciales e industriales, no eliminan la incompatibilidad básica entre las fuerzas productivas y las fronteras estatales dentro de las cuales son explotadas. De esta contradicción surgió directamente la guerra imperialista. El impulso a la guerra lo dio la crisis coyuntural que estalló en 1913. Es necesario distinguir estrictamente entre el funcionamiento de los factores y tendencias fundamentales del desarrollo capitalista, por una parte, y las fluctuaciones coyunturales cíclicas, por otra. La crisis de 1913 no habría conducido por sí misma a la guerra si no hubiera existido la intolerable contradicción básica antes mencionada. Pero esta contradicción no hizo más que profundizarse y agudizarse después de la guerra. De ello se deduce ya claramente que el próximo pequeño auge no podrá eliminar esta contradicción básica y, en consecuencia, restablecer el equilibrio económico de la sociedad burguesa. Su base de sustentación, su economía, amenaza también en el futuro con tremendas convulsiones militares y sociales.

La lección de la revolución alemana

Todo el problema ahora es si el partido comunista será capaz de utilizar estas convulsiones para tomar el poder y resolver a partir de entonces todas las contradicciones de la sociedad capitalista. Si se pregunta si, como Internacional [Comunista], nos hemos fortalecido en este período, la respuesta debe ser que, en general, sin duda nos hemos fortalecido. Casi todas las secciones se han hecho más grandes y más influyentes de lo que eran. ¿Significa esto que su fuerza crece y seguirá creciendo continuamente, en una única línea ascendente? No, no significa eso. Esta fuerza crece en zigzags, olas, convulsiones, aquí también prevalece la dialéctica del desarrollo y la Comintern no está exenta de ella. Así, en el segundo semestre del año pasado, el Partido Comunista de Alemania era, políticamente, incomparablemente más fuerte de lo que es hoy; en aquel momento marchaba directamente hacia la conquista del poder, y la agitación en toda la vida social de Alemania era tan grande que no sólo las masas obreras más atrasadas, sino también amplias capas del campesinado, de la pequeña burguesía y de la intelectualidad, confiaban en que los comunistas pronto llegarían al poder y reorganizarían la sociedad. Los estados de ánimo de este tipo son en sí mismos uno de los síntomas más fiables de la madurez de una situación revolucionaria. Pero resultó que los comunistas aún no eran capaces de tomar el poder. No porque la situación objetiva lo hiciera imposible; no, no se podían imaginar condiciones más maduras, mejor preparadas para la toma del poder. Si estas condiciones se describieran con exactitud, podrían ocupar su lugar como ejemplo clásico en los libros de texto sobre la revolución proletaria. Pero el partido no supo aprovecharlas. Debemos detenernos y reflexionar sobre ello.

El primer periodo de la historia de la Internacional [Comunista] se extiende desde octubre de 1917 hasta las revueltas revolucionarias de marzo de 1921 en Alemania. Todo

estaba determinado por la guerra y sus consecuencias inmediatas. Esperábamos un levantamiento del proletariado europeo y su conquista del poder en un futuro próximo. ¿Qué error cometimos? Subestimamos el papel del partido. Después del III Congreso comenzó un nuevo período. La consigna “a las masas” significaba en esencia: “construir el partido”. Esta política se llevó a cabo de forma más completa y exitosa en Alemania que en ningún otro lugar. Pero en Alemania también sucedió que entró en contradicción con la situación creada en 1923 como resultado de la ocupación del Ruhr, que de un solo golpe rompió el equilibrio ficticio de Europa. A finales de 1923 sufrimos en Alemania una derrota muy grande, no menos grave que la de 1905. ¿Cuál fue, sin embargo, la diferencia? En 1905 carecíamos de fuerzas suficientes, como se puso de manifiesto durante la lucha. En otras palabras, la causa de la derrota residía en la relación objetiva de fuerzas. En 1923, en Alemania, sufrimos la derrota sin que las cosas llegaran nunca a la fase de un choque de fuerzas, sin que las fuerzas se movilizaran y se utilizaran. Así pues, la causa inmediata de la derrota se encontraba en este caso en la dirección del partido. Es cierto que, aunque el partido hubiera seguido una política correcta, no habría sido capaz de movilizar las fuerzas adecuadas y habría sido derrotado. Sin embargo, esta opinión es, cuando menos, conjetural. En cuanto a la situación objetiva, la relación de fuerzas de clase, la confianza en sí mismas de las clases dominantes y de las masas populares, es decir, en cuanto a todos los requisitos previos para la revolución, teníamos una situación muy favorable, como pueden imaginarse ustedes mismos: una crisis existencial de la nación y del estado, llevada a su punto culminante por la ocupación; una crisis de la economía y, especialmente, de las finanzas del país; una crisis del parlamentarismo; un colapso total de la confianza de la clase dominante en sí misma; la desintegración de la socialdemocracia y de los sindicatos; un aumento espontáneo de la influencia del partido comunista; un giro de los elementos pequeñoburgueses hacia el comunismo; un fuerte descenso de la moral de los fascistas. Tales eran las condiciones políticas previas. ¿Cuál era la situación en la esfera militar? Un ejército permanente muy pequeño, de cien a doscientos mil hombres, es decir, una fuerza policial organizada según el modelo del ejército. Las fuerzas de los fascistas eran monstruosamente exageradas y en gran medida sólo existían sobre el papel. En cualquier caso, después de julio-agosto los fascistas estaban gravemente desmoralizados.

¿Tenían los comunistas el apoyo de la mayoría de las masas trabajadoras? No se puede responder a esta pregunta con estadísticas. Es una cuestión que decide la dinámica de la revolución. Las masas se acercaban cada vez más a los comunistas, y los adversarios de los comunistas se debilitaban con la misma rapidez. Las masas que permanecieron en la socialdemocracia no mostraron ninguna disposición a oponerse activamente a los comunistas, como habían hecho en marzo de 1921. Por el contrario, la mayoría de los obreros socialdemócratas esperaban la revolución con un espíritu de esperanza. Esto es también lo que se necesita para la revolución.

¿Tenían las masas ganas de luchar? Toda la historia del año 1923 no deja ninguna duda al respecto. Es cierto que hacia finales de año este estado de ánimo se había vuelto más reservado, más concentrado, había perdido su espontaneidad, es decir, su disposición a constantes estallidos elementales. Pero, ¿cómo podría ser de otro modo? En la segunda mitad del año las masas habían adquirido mucha más experiencia y sentían o comprendían que las cosas avanzaban en plena efervescencia hacia un enfrentamiento decisivo. En tales condiciones, las masas sólo podían avanzar si existía una dirección firme y segura de sí misma y la confianza de las masas en esta dirección. Las discusiones sobre si las masas estaban o no en disposición de luchar tienen un carácter muy subjetivo y expresan esencialmente la falta de confianza entre los dirigentes del propio partido. También aquí, en vísperas de octubre, se hicieron más de una vez afirmaciones de que no se observaba un ánimo combativo agresivo entre las masas. Lenin contestó a tales afirmaciones más o

menos así: “Incluso si admitiéramos que estas afirmaciones son ciertas, eso sólo demostraría que hemos desaprovechado el momento más favorable. Pero eso no significaría en absoluto que la conquista del poder sea imposible en el momento actual. Después de todo, nadie se atreverá a afirmar que la mayoría, o incluso una minoría sustancial, de la masa de los trabajadores se opondrá a la revolución. Lo más que los moderados quieren afirmar es que la mayoría no tomará parte activa en la revolución. Pero basta con que participe una minoría activa, prevaleciendo entre la mayoría un estado de ánimo benévolo, expectante o incluso pasivo”. Este era el argumento de Lenin. Los acontecimientos posteriores demostraron que la minoría combatiente atrajo tras de sí a la inmensa mayoría del pueblo trabajador. No cabe duda de que los acontecimientos habrían seguido el mismo patrón en Alemania.

Por último, tampoco desde el punto de vista internacional puede decirse que la situación de la revolución alemana fuera desesperada. Es cierto que la Francia imperialista tenía larga frontera junto a la Alemania revolucionaria. Pero, frente a ella, también existía en el mundo la Rusia soviética, y el comunismo se había fortalecido en todos los países, incluida Francia.

¿Cuál fue la causa fundamental de la derrota del Partido Comunista Alemán?

No apreció a tiempo el inicio de la crisis revolucionaria desde el momento de la ocupación del Ruhr, y especialmente desde el momento del fin de la resistencia pasiva (enero-junio de 1923). Se perdió el momento crucial. Es muy difícil para un partido revolucionario pasar de un período de agitación y propaganda, prolongado durante muchos años, a la lucha directa por el poder mediante la organización de la insurrección armada. Este giro da lugar inevitablemente a una crisis interna del partido. Todo comunista responsable debe estar preparado para ello. Una de las maneras de estar preparado consiste en estudiar a fondo toda la historia fáctica de la revolución de octubre. Hasta ahora se ha hecho muy poco al respecto, y el partido alemán no ha aprovechado suficientemente la experiencia de octubre. Incluso después del estallido de la crisis del Ruhr, siguió realizando su trabajo de agitación y propaganda sobre la base de la fórmula del frente único, al mismo ritmo y con las mismas formas que antes de la crisis. Mientras tanto, esta táctica ya se había vuelto radicalmente insuficiente. El crecimiento de la influencia política del partido se producía de forma automática. Era necesario un giro táctico brusco. Era necesario mostrar a las masas, y sobre todo al propio partido, que esta vez se trataba de una preparación inmediata para la toma del poder. Era necesario consolidar organizativamente la creciente influencia del partido y establecer bases de apoyo para un asalto directo al estado. Era necesario transferir toda la organización del partido a la base de células de fábrica. Era necesario formar células en los ferrocarriles. Era necesario plantear agudamente la cuestión del trabajo en el ejército. Era necesario, sobre todo, adaptar plena y completamente la táctica del frente único a estas tareas, darle un ritmo más decidido y firme y un carácter más revolucionario. Sobre esta base había que llevar a cabo un trabajo de carácter técnico-militar.

La cuestión de fijar una fecha para la insurrección sólo puede tener importancia en este sentido y con esta perspectiva. La insurrección es un arte. Un arte presupone un objetivo claro, un plan preciso y, en consecuencia, un calendario⁴.

Lo más importante, sin embargo, era esto, asegurar a tiempo el giro táctico decisivo hacia la toma del poder. Y esto no se hizo. Esta fue la principal y fatal omisión. De ahí surgió la contradicción fundamental. Por una parte, el partido esperaba una revolución, mientras que, por otra, como se había quemado los dedos en los sucesos de marzo, hasta los últimos meses de 1923 evitó la idea misma de organizar una revolución, es decir, de preparar una insurrección. La actividad política del partido se desarrolló a un

⁴ León Trotsky, “La revolución bolchevique se llevó a cabo en fecha fija” y “¿Es posible fijar un horario preciso para una revolución o una contrarrevolución?”

ritmo de tiempos de paz en un momento en que se acercaba el desenlace. El momento de la insurrección se fijó cuando, en lo esencial, el enemigo ya había aprovechado el tiempo perdido por el partido y reforzado su posición. La preparación técnico-militar del partido, iniciada a una velocidad febril, estaba divorciada de la actividad política del partido, que se desarrollaba al ritmo anterior de los tiempos de paz. Las masas no comprendían al partido y no seguían su ritmo. El partido sintió de inmediato su separación de las masas y quedó paralizado. De ello resultó la repentina retirada de las posiciones de primera clase sin lucha, la más dura de las derrotas posibles.

No se puede pensar que la historia crea mecánicamente las condiciones para la revolución y las presenta después, a petición del partido, en cualquier momento, en bandeja: aquí tiene, firme el recibo, por favor. Eso no ocurre.

En el curso de una lucha prolongada, una clase debe forjar una vanguardia que sea capaz de encontrar su camino en una situación determinada, que reconozca la revolución cuando llame a la puerta, que en el momento necesario sea capaz de captar el problema de la insurrección como un problema de arte, de elaborar un plan, distribuir los papeles y asestar un golpe despiadado a la burguesía. Pues bien, en el momento decisivo el Partido Comunista Alemán no encontró en sí mismo esta capacidad, esta habilidad, este temple y esta energía. Para comprender mejor de qué se trata, imaginemos por un momento que en octubre de 1917 hubiéramos empezado a vacilar, a adoptar una posición de espera, que nos hubiéramos hecho a un lado y hubiéramos dicho: esperemos un poco, la situación aún no está suficientemente clara. A primera vista parece que la revolución no es un oso, no huye hacia el bosque: si no se ha hecho en octubre puede hacerse dos o tres meses después. Pero tal idea es radicalmente errónea. No tiene en cuenta la relación móvil entre todos los factores que componen una revolución. La condición más inmediata e íntima de la revolución es la disposición de las masas a llevarla a cabo. Pero esta disposición no puede conservarse, tiene que utilizarse en el momento en que se revela. Antes de octubre, los obreros, los soldados y los campesinos marchaban detrás de los bolcheviques. Pero esto, por supuesto, no significaba en absoluto que ellos mismos fueran bolcheviques, es decir, que fueran capaces de seguir al partido *bajo todas las condiciones y en todas las circunstancias*. Habían sufrido una aguda decepción con los mencheviques y los eseristas y por eso seguían al Partido Bolchevique. Su decepción con los partidos conciliacionistas despertó en ellos la esperanza de que los bolcheviques serían más duros, que demostrarían estar hechos de una pasta diferente a la de los demás y que no habría abismo entre sus palabras y sus hechos. Si en estas circunstancias los bolcheviques se hubieran mostrado vacilantes y hubieran adoptado una posición de espera, en poco tiempo también ellos habrían sido equiparados en la mente de las masas con los mencheviques y los eseristas: las masas se habrían alejado de nosotros tan rápidamente como se habían acercado a nosotros. De este modo se habría producido un cambio fundamental en la relación de fuerzas.

¿Qué es en realidad esta “relación de fuerzas”? Es una concepción muy compleja y se compone de muchos elementos diferentes. Entre ellos hay algunos que son muy estables, como la técnica y la economía, que determinan la estructura de clases; en la medida en que la relación de fuerzas está determinada por el número del proletariado, del campesinado y de otras clases, tenemos aquí que ver con factores bastante estables. Pero con un tamaño numérico dado de una clase, la fuerza de esta clase depende del grado de organización y actividad de su partido, de las interrelaciones entre el partido y las masas, del estado de ánimo de las masas, etcétera. Estos factores son mucho menos estables, especialmente en un período revolucionario, y es precisamente de ellos de los que estamos hablando. Si el partido revolucionario extremo, que la lógica de los acontecimientos ha colocado en el centro de atención de las masas trabajadoras, si ese partido pierde el momento crucial, entonces la relación de fuerzas cambia fundamentalmente, pues las

esperanzas de las masas, suscitadas por el partido, son sustituidas por la decepción o la pasividad y la profunda desesperación, y el partido conserva a su alrededor sólo aquellos elementos que ha ganado de forma duradera y concluyente, es decir, una minoría. Esto es lo que ocurrió el año pasado en Alemania. Todo el mundo, incluidos los obreros socialdemócratas, esperaba del partido comunista que sacara al país del callejón sin salida en que se encontraba; el partido fue incapaz de transformar esta expectativa universal en acciones revolucionarias decisivas y conducir al proletariado a la victoria. Por eso, después de octubre-noviembre, empezó a decaer el ambiente revolucionario. Esto también sentó las bases para el fortalecimiento temporal de la reacción burguesa, ya que ningún otro cambio más profundo (en la composición de clase de la sociedad, en la economía) había sido capaz, ciertamente, de provocar esto hasta ese momento.

En las últimas elecciones parlamentarias, el partido comunista obtuvo 3.700.000 votos. Eso, por supuesto, es un núcleo muy, muy delgado del proletariado. Pero esta cifra debe evaluarse dinámicamente. No cabe duda de que en agosto-octubre del año pasado el partido comunista podría, en igualdad de condiciones, haber obtenido un número de votos incomparablemente mayor. Por otra parte, hay muchos indicios de que, si las elecciones se hubieran celebrado dos o tres meses más tarde, los votos del partido comunista habrían sido menores. Esto significa, en otras palabras, que la influencia del partido está ahora en declive. Sería absurdo cerrar los ojos ante esto: la política revolucionaria no es la política del avestruz. Es necesario, sin embargo, tener claro el significado de este hecho. Ya he dicho que los partidos comunistas no están exentos del poder de las leyes de la dialéctica, y que su desarrollo tiene lugar con contradicciones, a través de auges y crisis. En un período de marea política la influencia del partido sobre las masas crece rápidamente, en un período de reflujos se debilita, y el proceso de selección interna se intensifica en los partidos. Todos los elementos accidentales y poco fiables se van, el núcleo del partido se suelda y templea. Así se prepara para una nueva marea revolucionaria. Una estimación correcta de la situación y una visión acertada del futuro evitan errores y decepciones. Ya hemos visto la verdad de esto en relación con la cuestión de los auges y crisis industriales en el período de posguerra. Lo vemos, de nuevo, en relación con la cuestión de la entrada de Europa en una fase neorreformista. Ahora necesitamos comprender con toda la claridad posible la etapa por la que está pasando Alemania, de lo contrario no sabremos lo que nos deparará el mañana.

Después de la derrota de 1905 necesitamos siete años antes de que el movimiento, estimulado por los acontecimientos de Lena, comenzara de nuevo a girar hacia arriba, y necesitamos doce años antes de que la segunda revolución diera el poder al proletariado. El proletariado alemán sufrió el año pasado una gran derrota. Necesitará un intervalo de tiempo definido y considerable para digerir esta derrota, para dominar sus lecciones y recuperarse de ella, para reunir de nuevo sus fuerzas; y el partido comunista sólo podrá asegurar la victoria del proletariado si también él domina plena y completamente las lecciones de la experiencia del año pasado. ¿Cuánto tiempo será necesario para estos procesos? ¿Cinco años? ¿Doce años? No se puede dar una respuesta precisa a esta pregunta. Sólo se puede expresar la idea general de que el ritmo de desarrollo, en el sentido de cambios radicales en la situación política, es mucho más rápido y febril desde la guerra que antes de ella. En economía vemos que las fuerzas productivas crecen muy lentamente, y al mismo tiempo el empeoramiento y la mejora de la coyuntura se suceden con más frecuencia que antes de la guerra. Un fenómeno similar se observa también en política: El fascismo y el menchevismo se suceden muy rápidamente; la coyuntura de ayer era profundamente revolucionaria y hoy la burguesía parece triunfar en toda la línea. En esto consiste también el carácter profundamente revolucionario de nuestra época, y este carácter de la época nos obliga a sacar la conclusión de que el triunfo de la contrarrevolución en Alemania no puede ser duradero. Pero en el momento actual lo que

observamos son fenómenos de marea menguante y no de marea ascendente, y nuestra táctica debe, por supuesto, ajustarse a esta situación.

Europa y Norteamérica

En Gran Bretaña, las ilusiones conservadoras-reformistas y pacifistas de la clase obrera, seriamente minadas por la guerra, vuelven a florecer, y más lozanas que antes, bajo el signo del gobierno laborista. Todo el pasado político de la clase obrera británica, en la medida en que se expresa en la moderación política, la conciliación, el reformismo y la complicidad con la política imperialista de la burguesía, está siendo sometido ahora a su prueba más dura con la transferencia del poder al Partido Laborista. El propio Partido Laborista resta importancia a la gravedad de esta prueba señalando el hecho de que no tiene mayoría absoluta en el parlamento y, por lo tanto, no es responsable de todo. Sin embargo, la historia ha montado un experimento a gran escala. El resultado del régimen de MacDonald, independientemente de cómo termine desde el punto de vista formal, será una profundización de la crítica y la autocrítica entre las filas de la clase obrera. Y la crítica y la autocrítica significan un crecimiento del ala izquierda. Para Gran Bretaña, el período de formación del partido comunista sólo se está abriendo realmente ahora.

El gobierno MacDonald no sólo ha profundizado las ilusiones democrático-pacifistas temporales de la clase obrera británica, sino que, también, ha aumentado su autoconciencia. No se puede decir que la clase obrera británica se sienta ahora dueña de la casa, porque si tuviera ese sentimiento ya se habría convertido en dueña. Pero el trabajador británico medio se dice a sí mismo: entonces contamos para algo, ya que el rey ha llamado a nuestros sindicalistas al poder. Y esta conciencia, cualesquiera que sean las limitaciones conservadoras que pueda llevar en sí misma como resultado de todo el pasado, confiere por sí misma un gran estímulo al desarrollo futuro. Los trabajadores se han vuelto más exigentes, menos pacientes, y como resultado el número de huelgas ha aumentado bruscamente en Gran Bretaña. Y no en vano el *Sunday Times* se queja de que, aunque en Gran Bretaña tienen espléndidos líderes laboristas, éstos están siendo rápidamente apartados por los revolucionarios. Rápidamente o no, están siendo apartados y serán apartados, apartados y expulsados (*aplausos*).

En toda su situación económica y política, los países de Europa están situados, en su conjunto, entre las posiciones de Alemania y Gran Bretaña, con la excepción, quizás, de que Italia parece estar avanzando ahora de nuevo hacia la primera línea de la revolución. El desmoronamiento del régimen de Mussolini puede producirse con bastante rapidez y, por el carácter mismo del régimen, puede asumir formas muy radicales y enfrentar una vez más al proletariado con el problema del poder. La tarea en Italia consiste en tener en estos momentos un partido suficientemente fuerte y lleno de iniciativa. Es una tarea grande y difícil, pero debe llevarse a cabo.

Como antes, Norteamérica ocupa un lugar especial. Incluso antes de la guerra, los ritmos de desarrollo de Europa y Norteamérica no eran idénticos, y desde la guerra la diferencia entre ellos se ha acentuado aún más. Cuando hablamos de revolución internacional, a menudo lo hacemos de forma demasiado sumaria, en términos demasiado generales. La revolución mundial tendrá sus etapas, separadas unas de otras por intervalos de tiempo considerables. Todo indica que la revolución norteamericana tendrá lugar mucho más tarde que la europea. Desde el punto de vista histórico, este curso de los acontecimientos es sumamente probable: Oriente se deshace del yugo imperialista, el proletariado toma el poder en Europa, y Norteamérica sigue siendo como antes la ciudadela del capital.

En este sentido, Estados Unidos puede convertirse y se está convirtiendo en una fuerza contrarrevolucionaria básica en la historia. Los filisteos no pueden entender esto: para ellos la cuestión se decide con formas pseudodemocráticas, frases pacifistas y demás

basura. El hecho de que la guerra durara cuatro años, agotando a Europa, sólo fue posible gracias al papel especial desempeñado por Norteamérica. Después de la guerra, Norteamérica ayudó a la burguesía europea a defender sus posiciones. Ahora Norteamérica está organizando, a través del “Plan de Expertos”, un complejo sistema de esclavización de las masas trabajadoras europeas. Estados Unidos se opone con la mayor obstinación a cualquier reconocimiento de la república soviética. Estados Unidos es fantásticamente rico. La burguesía norteamericana dispone de recursos sin precedentes con los que maniobrar tanto en política interior como exterior. Todo esto en su conjunto sugiere que un proletariado europeo victorioso tendría que contar con el capital estadounidense como con un enemigo inflexible y poderoso. La socialdemocracia, y en primer lugar la socialdemocracia alemana, hace todo lo posible por glorificar el papel político de la “democracia transatlántica”. La socialdemocracia atemoriza a los trabajadores con la ira de Norteamérica en caso de que muestren falta de respeto y, por el contrario, les promete grandes beneficios que seguirán a un acuerdo entre las democracias europeas bajo la égida de los burgueses norteamericanos. Toda la política del menchevismo europeo se basa en esto. Siendo en general una agencia de la burguesía, la socialdemocracia europea se está convirtiendo natural e inevitablemente en una agencia de la burguesía más rica y poderosa, la de Norteamérica. La socialdemocracia intenta paralizar la energía revolucionaria de los trabajadores europeos con la hipnosis del poder capitalista norteamericano. Lo hemos visto especialmente en Alemania desde 1918, cuando el wilsonismo kautskyano fue el factor contrarrevolucionario más grave en las filas de la propia clase obrera. Podemos esperar que, en el próximo período y de acuerdo con la aplicación del “Plan de los Expertos”, la socialdemocracia no hará sino intensificar su labor de intimidación del proletariado con el fantasma de la todopoderosa Norteamérica, a la vez benéfica y terrible. La lucha contra esta intimidación y esta hipnosis es una condición necesaria para preparar con éxito a los trabajadores de Europa para la revolución. Deben darse cuenta de que una Europa unida es plenamente capaz no sólo de existir independientemente en el sentido económico, sino también de defenderse en lucha abierta contra la contrarrevolución norteamericana. Cuando hablamos de Europa unida pensamos en una república soviética federal europea, indisolublemente unida a nuestra unión actual y que, por su mediación, tienda la mano a Oriente, a los pueblos de Asia. Decimos a los trabajadores europeos: si tomáis el poder, si establecéis unos Estados Unidos Soviéticos que nos incluyan también a nosotros, entonces uniréis de una vez dos poderosos continentes que poseen un espléndido equipo técnico, espacios y recursos naturales ilimitados y el tremendo entusiasmo de una clase revolucionaria que ha llegado al poder. Si tenéis que enfrentaros cara a cara con la contrarrevolución mundial armada (y tendréis que hacerlo), construiréis vuestro propio Ejército Rojo, y no tendréis que empezar de cero, pues os daremos como fermento para ello el Ejército Rojo de la Unión Soviética, ya experimentado en la guerra y animado por la victoria (*tormenta de aplausos*).

Edicions Internacionals Sedov

Serie: [Trotsky inédito en internet y en castellano](#)



germinal_1917@yahoo.es